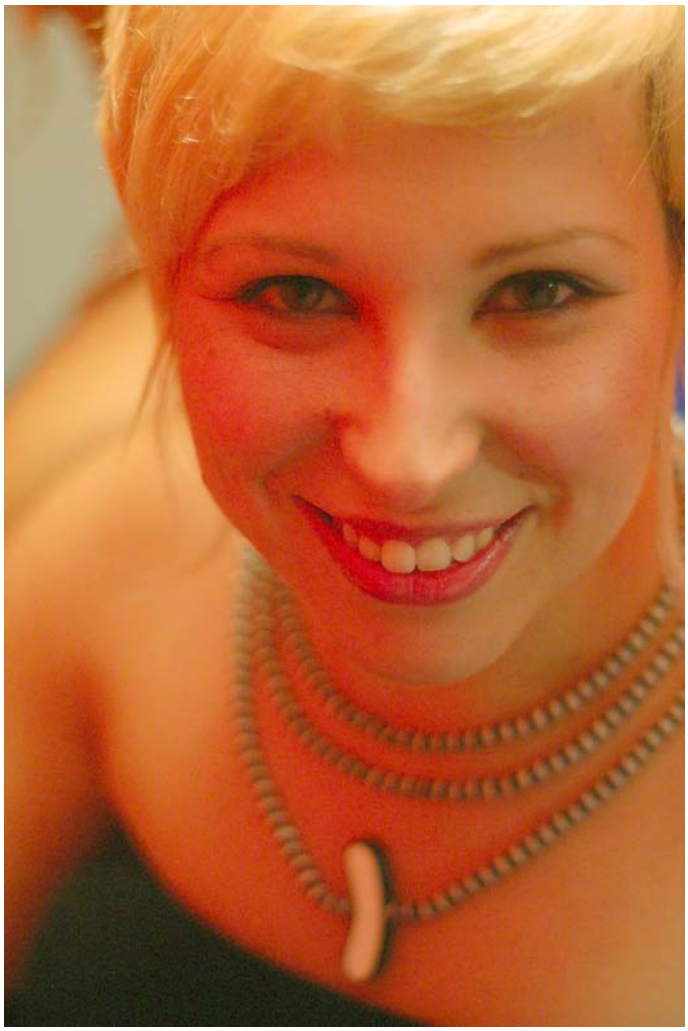
Inma López Silva



BIOGRAFÍA

Escritora y crítica teatral, nacida en Compostela, provincia de A Coruña, en 1978. Es doctora en Filología por la Universidad de Santiago y diplomada por el Institut d'Études Théâtrales da Université Paris III – Sorbonne Nouvelle. Actualmente es profesora en la Escuela Superior de Arte Dramática de Galicia. Es miembro de los consejos de redacción de las revistas *Anuario Galego de Estudos Teatrais* y *Revista Galega de Teatro*, en las que desarrolla una intensa labor crítica que se añade a sus publicaciones periódicas en la prestigiosa revista de cultura gallega *Grial* y en las revistas *Tempos Novos*, *Primer Acto* y *ADE Teatro*. Centrada esencialmente en el análisis de la política e instituciones teatrales y en la configuración de sistemas teatrales emergentes, publicó los libros *Un abrente teatral* (2002) y *Teatro e canonización* (2004). Columnista en el periódico *La Voz de Galicia*, es una de las voces más jóvenes y novedosas de la narrativa gallega actual. Se dio a conocer en 1996 con la novela *Neve en abril* (1996 y 2005), premiada con el *Premio Rúa Nova*. Después publicó *Rosas, corvos e cancións* (2000), *Concubinas* (Premio Xerais de Novela 2002), *Non quero ser Doris Day* (2006) e *New York, New York* (2007). Su última novela *Memoria de cidades sen luz* fue reconocida con el Premio Blanco Amor en 2008.

AUTOPOÉTICA

Las autopoéticas se nos dan mal a las críticas, incluso a veces también se nos dan mal a las escritoras; yo, por eso, vivo una suerte de esquizofrenia literaria, o la contradicción constante de ser crítica y escritora al mismo tiempo. A pesar de todo, como teórica del teatro y de la literatura, sucumbo constantemente a la tentación de definir y redefinir qué es lo que escribo, siendo consciente, sin lugar a dudas, de que cualquier respuesta

imposible a esa gran cuestión sólo me conduce hacia otras preguntas quizás más básicas, de dónde debe partir toda la reflexión sobre la literatura y sobre las artes en general: ¿para quién escribo? ¿Para qué escribo?

No es fácil saber para quién se escribe en un país de menos de tres millones de habitantes, bilingüe, con un bajo índice de lectura, especialmente en la lengua minoritaria por la que una optó. A pesar de todo, procuro que mi relación con el idioma sea la más natural posible, sin tener que justificar mi elección libre en función de criterios ideológicos. La ideología y la política (siempre a la izquierda, siempre de la mano de los trabajadores y de los desfavorecidos por la sociedad globalizante y de consumo actual) no tiene que ver con el idioma en el que escribo. Mi idioma es, simplemente, el vehículo con el que me expreso, porque así me sale, sin más, y en gallego.

¿Y para qué escribo? Es esta una de las preguntas cruciales de mi poso esquizoide. No sé muy bien si escribo por una pulsión interior, una vocación artística que me lleva irremediabelmente a querer sentirme una diosa o una demiúrga de los mundos que relato. Tampoco sé muy bien si escribo, sencillamente, porque deseo comunicar mi pensamiento, inquietudes e ideas y comunicarme yo misma a través de esos otros mundos que creé. Y mucho menos sé si escribo porque necesito entender de dentro hacia fuera qué es la literatura más allá de la teoría y más allá de las artes. Escribo, a lo mejor, por todo eso mezclado. O simplemente porque igual que a otras les gusta pintarse las uñas, a mi me gusta la soledad incomparable de sentarme, imaginar y experimentar la magia de que el pensamiento se destile a través de mis dedos en forma de novela.

MOMENTO ACTUAL DE LA LITERATURA GALLEGA Y DE LA NARRATIVA GALLEGA EN PARTICULAR

Vivimos, creo, un momento tremendamente dinámico. Una hornada de narradores, de diversas edades (huyo conscientemente del término “generación”) con un grupo de mujeres que entraron con fuerza en el panorama narrativo, están tomando la palabra en la literatura gallega, liderando una vangardia que viene a demostrar que la renovación es posible en cuanto a temas, estilos y, sobre todo, a voces. Se trata, seguro, de una corriente heteroxénea en la que conviven, convivimos, personas con intereses artísticos opuestos o, a lo mejor, con voces absolutamente personales que convierten nuestros textos en inconfundibles. La heterogeneidad es, seguro, la característica más definitoria del momento actual, una heterogeneidad que comienza a superar las nociones convencionales de narrativa para penetrar en ámbitos hasta ahora alejados de la convención literaria: internet, con su red de blogs y su posibilidad de renovar el concepto de publicación y de público comienza a dejarse sentir en el panorama literario gallego, al igual que opciones literarias que beben de las nuevas tecnologías y que, por fin, introducen en la creatividad narrativa una posmodernidad de mezcla, mundialización e iconoclastia que bebe de fuentes hasta ahora poco socorridas en la cultura gallega.

Así, Samuel Solleiro poco tiene que ver con Rosa Aneiros; Teresa Moure escribe para un público diferente del que lo hace Mario Regueira o Ángeles Sumai; y frente a todos ellos, los clásicos actuales, los escritores consagrados (Manuel Rivas, Suso de Toro, Neira Vilas) que, mostrándose como estandarte de la literatura gallega en el mundo, sostienen un mercado que, desde muchos puntos de vista, se sustenta en una entelequia:

¿como es posible que cuándo más libros se venden y más escritores hay, cuándo más proliferan las editoriales, menos sean nuestros lectores, nuestros hablantes?

Seguramente el grupo de autores que nos incorporamos a la nómina narrativa gallega a partir del año 2000 es el primero en la historia cultural de Galicia al que no le toca luchar por los elementos más básicos de normalidade literaria: encontramos un mercado constituido, un espacio editorial, un ámbito institucional perfectamente asentado, una red crítica y académica, espacios para la exportación y traducción... Y sin embargo, heredamos también la sensación de que debemos instalarnos en la lucha para mantenernos. Imagino que llegó la hora de que el desafío sea superar la cultura de la queja y asumir que estamos en condiciones de jugar en primera división, con sus pros y sus contras.

GALICIA Y SU FUTURO

No me gustan las profecías. De tanto leerlas en la biblia y de tanto ver películas de terror, me quedó la constante sensación de que se trata de cosas maléficas. Los gallegos, además, tenemos tendencia a ver el país como si fuera único y desgraciado, por eso cuanto más viajo más me entero de que nos confundimos de lado a lado basando nuestra identidad en una suerte de unicidad irrepetible, tan genuína que nos convierte en una reliquia anquilosada. A eso contribuyó, creo, la gerontocracia que predominó en el poder político y en los demás poderes socioculturales hasta hace menos de un lustro. Y a eso contribuyó, también, la necesidad de otorgarnos existencia en el hecho diferencial. Una vez demostrada nuestra capacidad para la autogestión y para la autorreferencialidad canónica, creo que nos toca ya dar un paso imprescindible hacia nuestra proyección exterior. Galicia y los gallegos necesitamos como agua de mayo dejar de pasear por el mundo como una minoría maltratada, pues los tiempos del colonialismo ya pasaron. Y casi pasaron ya, también, los del postcolonialismo. El reto en lo cultural es darnos a conocer en los valores que poseemos. Y el desafío en lo político es aprender a gobernarnos y a votarnos sin miedos ni deudas al pasado. Europa espera por Galiza en el fin de un camino que comenzó a hacer mi generación (aquí sí), la de los Erasmus[1] que tejieron una red igualadora de culturas, países y gobiernos, la de los interrailes[2] que nos demostraron que nuestros ombligos no tenían nada de particular. Sin embargo, mientras en el campo del poder político las decisiones importantes sigan llevando años de retraso, para Galicia y los gallegos va a dar igual que nuestra generación de artistas esté en la vanguardia del mundo. Marcharán, marcharemos, mientras no encontremos la esperanza y la ilusión que tuvimos un día, que perdimos en los noventa y que, por ahora, tratamos de recuperar ansiosamente.

[1] "Erasmus" es la denominación del programa de intercambio de estudiantes entre universidades de la Unión Europea. Se inició hace más de una década y permite una importante movilidad de estudiantes por todos los países de la Unión.
[2] "Interrail", es una modalidad de viaje en tren por toda Europa, especialmente pensada para jóvenes.

TEXTOS

NEW YORK LA NUIT

Este sábado cometí el error de salir por el East Village con una camiseta que consiste en una gran torre Eiffel que avanza por mi cuerpo, señalando el regazo, o el mentón, o la cara. A juzgar por las reacciones de los americanos, lo que señalaba era mi indudable mal gusto. Primero, en el metro, un hombre dijo algo mirando hacia mí con muy mala cara, pero no lo entendí. Será uno de los típicos raros neoyorquinos, pensé, ya tardaba encontrarme alguno. Después, cuándo estábamos intentando entrar en un local en el que había una cola interminable, otro chico me miró con asco y dijo (eso sí que lo entendí): "French tourists, puagh!". Tuve que darme por aludida, sobre todo teniendo en cuenta que aquí la mayor parte de la gente piensa que soy francesa (pobres, no saben que los franceses aún hablan inglés peor que yo). No hay nada que hacer, me dije, hoy no ligo ni pagando.

En cualquier caso, maldita sea mi suerte: llevo media vida renegando de París, de Francia y de los franceses, criticándoles hasta el más mínimo de los detalles que hicieron que aquel año mío en la ciudad de la luz fuese por momentos un desastre y por momentos, una fantasía. Y resulta que ahora llego a Nueva York, me rindo a sus pies, me maravillo con cada uno de los nombres de sus esquinas, ejerzo de pro-newyorquer tragando en inglés *Sex and the city* y *Friends* y leyendo los únicos dos sábados y domingos que estoy aquí *The New York Times*, paseo por Central Park, hablo inglés hasta con los hispanos… Y todo para que me llamen francesa.

Es tremendamente injusto.

Pero también me alegro en el fondo del alma de que a esos mismos injustos que decían "French girls, puagh" les cobraran doscientos dólares por entrar en el local de moda del Village, mientras que yo y mis amigos entramos gratis. ¿Por qué? El segurata de la puerta, un negrazo alto con los ojos verdes, era de la Martinica. Miró a mis dos amigos, me miró a mi, miró la camiseta, sonrió y dijo en francés: "*Bienvenue à* New York". Y por una vez en mi vida, me alegré de que París me dejase en el cuerpo un punto afrancesado. Le sonreí al tipo al que yo y mi camiseta le dábamos asco, y pasé. Aproveché la coyuntura, eso sí, para plantarle al segurata un indudable beso francés, que, me parece, agradeció horrores.

Aunque dentro sonaba, creo recordar, David Bisbal, yo recordaba en mi cabeza aquella otra noche de París cuando, hartas de la ciudad y de sus habitantes, tres locas españolas fuimos cantando por otros tantos kilómetros a lo largo del Sena, entre Saint-Michel y el Quai d'Orsay, *New York, New York*, para susto y asco de los parisienses engreídos que encontramos en el camino.

Pd. Acabo de leer en el blog *Cuaderno rojo*, la historia (que corroboro, porque también lo sufrí) del profesor más aburrido del universo que no sabía bien quiénes eran The Beatles. Vamos a darle una vuelta casual al asunto: sonaba *Yellow submarine* cuando, justo antes de marcharnos del local de moda en el Village, me tomé un cosmopolitan con el segurata de la Martinica. Yo pensaba que eso era ya otra historia, pero, en fin…

STRANGERS IN THE MORNING

Aquí hay un tipo que pone el despertador a las 7:59 de la mañana para tener la sensación de creerse responsable por que al levantarse hay un 7 en el lado de las horas. Ese mismo tipo estaba muy contento porque creía que había ligado con una joven llamada Freedom, nombre que le pareció el más fascinante del mundo para una Aldonza del siglo XXI.

Hay que decir que Freedom, chica lista, en el mejor estilo de las neoyorquinas liberadas, le dio plantón sin mayores contemplaciones, como si pasara un gato. También oí, por cierto, que los hombres aquí tienen que espabilarse algo más que en Galicia: ya no es la primera ni la segunda ni la tercera que echa a un hombre literalmente a patadas de la casa (de la cama), incluso lanzándole la ropa por la ventana, por no cumplir. Allá cada uno lo que entiende por no cumplir. Yo lo tengo muy claro, y creo que es verdaderamente atractivo ese estilo de las mujeres de Nueva York al demostrar su disgusto sexual. Este detalle de la Gran Manzana me lo contaron algunas de las artífices de la historia y, francamente, no tengo motivos para considerar que mienten. Así que pasaron directamente a la categoría de las admirables.

Este mismo tipo que pone el despertador a las 7:59 bebe taurina antes de salir por NY *la nuit*, confiando ciegamente en el efecto placebo (palabras textuales), y también entiende como mayor y mejor tema de conversación, después de una conferencia de hispanistas majaras en el *Cervantes* (habrá que hablar de ellos en lo sucesivo, por cierto), una larga disertación sobre la palabra “indubitable” (que no sólo la dice el ministro Bono para referirse a la identificación de cadáveres). Además, mezcla para comer pescado con carne y le echa Fanta a la Coca-Cola.

Este tipo, por cierto, es un español de Barcelona.

Visto todo esto, sigo preguntándome ¿donde *carajo* se metieron los raros neoyorquinos?

SUBWAY

El subway en Nueva York es el metro de toda la vida de las ciudades con metro. A los que estamos acostumbrados a vivir, a nuestro pesar, en ciudades sin metro, en realidad nos da Igual que le llamen de una forma o de otra. Es un tren que va por debajo del suelo, y punto. En Nueva York, además. el metro es el hábitat natural de las famosas ratas neoyorquinas que miden medio idem y hacen carreras polos raíles (cuando las veo, me parece oír, como en el patio de la escuela, “Primera!”, “Segunda!”, “Trampuzas!”). También es, por lo visto, el hábitat de los locos neoyorquinos a los que aún no encontré. Siempre que bajo al metro, tengo una reminiscencia clásica: Virgilio bajando a los infiernos con Dante, u Orfeo en busca de Eurídice. Claro que aquí sólo encontrarían una bonita rata, para nada a sus musas y amadas; pero el calor, el calor infernal del metro neoyorquino, es el más parecido al infierno del siglo XXI. Un Dante de hoy se escribiría luchando por la muchacha a gatas por las escaleras del metro de Nueva York. A cada escalón que se baja, sube un grado (fahrenheit) la temperatura, y una se siente morir poco a poco, notando cómo se derrite debajo de la ropa. Ahora entiendo por qué

Rockefeller (sigo buscando a uno de ellos para succionarle hasta el último pavo[3]), Morgan (también me vale), Trump (ese no, que debe tener problemas psicológicos con los tamaños fálicos, a juzgar por la [en]verga[dura] de su edificio) e incluso Paul Auster no suelen ir en metro.

No hay nada más indigno en Nueva York que el metro. Es como una gran comunión de sudorosos. Ahora bien, en cuanto llega el tren, eso es otra historia. De golpe, un frío que te mata. Deberían repartir mantas de papel Albal para la hipotermia dentro de los vagones. Especialmente en mi línea, que como todo en el Upper East Side, tiene un punto *snob*, lo cual se traduce en que, como en la mayor parte de las líneas de números (las hay también de letras, y son producto de una ultracapitalista fusión histórica de las dos compañías ferroviarias de Nueva York), todo funciona: se oye la megafonía, las paredes de los vagones están blancas, los asientos no contienen substancias extrañas...

Paredes blancas en las estaciones, por cierto, son una utopía. Nadie recuerda si eso existió algún día en el metro de Nueva York.

Por eso me da la risa y, de hecho, me río a carcajadas, cada vez que leo una de esas publicidades en inglés y en castellano en las que dicen: "Si ves algo, avisa a la policía", y la foto es una bolsa de plástico junto a un banco característico del metro de Nueva York. Si uno se fija mucho mucho, o sea, si uno observa con cariño y voluntad cívica el anuncio, verá que de la bolsa sale un hilo, un cable de color verde que comunica el plástico con algo que ya no sale en la foto, y, por lo tanto, se deja a la imaginación y libre albedrío del neoyorquino paranoico. Porque, cuando de seguridad hablamos, todo neoyorquino es paranoico. Eso es una verdad de pie de banco. Con esos anuncios infestando el subway y con la consubstancial paranoia neoyorquina, a mí no me extrañaría que hubiera diariamente como unas tres mil llamadas al 911 de gente que ve cosas y personas sospechosas en el metro. Y es que siempre hay cosas y personas sospechosas, sino el metro no sería tal.

Hoy leo en los periódicos españoles que se creó una psicosis tremenda (en España, no en Nueva York) por una alerta en Penn Station. Voy al *The New York Times* y, aunque más relativo, también noto cierto resquemor al contar que de la bolsa que al final tenía un refresco salía, ¡como no!, un hilo. ¿De que color era el hilo? Sólo podía ser verdoso, igual que en los anuncios. ¿Por que será que hoy sí se cuentan las obsesiones de los neoyorquinos paranoides? ¿Será que estamos en la semana del Año Nuevo judío, cosa que en NY se nota bastante más que el Pilar[4], donde va a parar? ¿O será que en un mes hay elecciones a la alcaldía en esta gran ciudad loca? ¿Será que el candidato demócrata es un hispano que habla de los colegios y la seguridad social; y el republicano, Bloomberg *forever* (está construyendo el segundo rascacielos más alto después del Empire State, algo habría que decir del estilo Trump [en]verga[do]), habla sólo de los accidentes aéreos, de la seguridad y del fatídico día en que cayó el World Trade Center? ¿Será todo eso?

Y entre tanto, yo sigo en mi línea *snob*, tratando de entender los impredicibles cambios de rumbo, destino e incluso número de los trenes en los que subo, haciendo de cada noche de regreso a casa una emocionante aventura: no por los bultos sospechosos junto a los bancos de la estación, sino por la entrañable desorganización de un metro en el que, de un momento a otro, puedes no detenerte en la estación adecuada y aparecer a veinte manzanas, obligándote a gastar zapatos, ánimos y dinero si es que no quieres

[3] Pavo, uno de los términos colcoquiales para referirse al dollar

[4] El Pilar, hace refrencia la fiesta del Pilar, 12 de octubre, día de la Hispanidad. Se ensalza lo "español" con desfile militar y banderas patrias. Es un día festivo en España.

gastar las dos primeras cosas y coger un taxi. Estoy convencida de que el metro es así para que puedan sobrevivir los taxistas.

Voy a coger el metro ahora cuando vuelva a casa. Entonces me asombraré de que, a pesar de todo, los neoyorquinos me sonreían al subir, me pregunten por el libro que estoy leyendo (a diferencia de París, aquí nadie lee) y se agarren los unos a los otros para no caerse en los frenazos de las estaciones. Me fascinaré con las conversaciones de las niñas que vuelven de la escuela contando sus primeros escarceos sexuales para que los sepa todo el vagón (un orgullo, y después les echan la ropa por la ventana a los amantes); reiré con la última moda de los adolescentes, con los pantalones cortados por la costura de dentro y pintados haciendo una extraña falda-pantalón; e imaginaré, como siempre hago, en qué irán pensando detrás del silencio esas personas que se sientan y escuchan música, o que van de pie y miran el suelo dibujando una sonrisa; o esa gente que, simplemente, me mira a mí, intentando imaginar qué pienso cuando pierdo la mirada y me veo reflejada en el cristal negro del metro de Nueva York.

BAJO LA LLUVIA, ZIPI Y ZAPE[5] SE EXILIAN EN MANHATTAN

Nueva York me gusta incluso cuando llueve. Una va por las calles evitando que los taxis le empapen los pantalones, calando el gorro neoyorquino ultraturístico que acaba de comprar, haciendo filigranas con el paraguas para que no vuele. Millares de paraguas vuelan ahora incluso por Fifth Avenue, mientras los coches los esquivan y el Empire State vigila desde la niebla que lo envuelve más o menos a la altura del piso 82, si no cuento mal. Abajo, veo por la gran ventana como los niños chapotean en los charcos, y algún negro guapo, vestido como se visten los negros guapos, canta. Imagino que sus gestos y su boca grande mirando al cielo dicen

I'm singing in the rain.

La lluvia en Nueva York llegó de repente y sin avisar (bien, avisaría, me imagino, a los que saben a que hora son los noticiarios) dándole a todo nuevos colores; y el gris neoyorquino me parece, quizás, el gris urbano más envolvente, un gris que no entristece más que a los que ya viven tristes. Los neoyorquinos felices siguen sonriendo por la calle, persiguiendo los niños jugando a pillar y le ofrecen un paseo a cubierto a quien va sin paraguas. Así, de paso, uno tiene la oportunidad de mantener una conversación muy poco *british* sobre la lluvia en Nueva York y sobre como todos los metros y todos los buses dejan a uno tirado cuando más agua cae. El dueño del paraguas llega a su destino y le dice al otro que lo siente mucho, que tiene que esperar bajo la lluvia a que aparezca otro neoyorquino feliz, dispuesto a taparlo y a conversar sobre la lluvia y los charcos y el barro de Central Park. Sin duda aparecerá.

Había un Zipi y Zape en el que comenzaba a llover a mares a la salida de la escuela, así que los dos niños hacían paraguas-stop. La cosa era tan inaudita, que yo de pequeña me escacharraba riendo sólo de verlos allí pintados, con sus pantalones cortos y sus jerséis rojos de los años setenta, esperando bajo la lluvia a que alguien con paraguas los tapara.

Zipi y Zape serían un par de trágicos en las calles de Nueva York, como los dos niños que ahora veo enfrente, debajo del toldo del portal del Empire State, que de

[5] Zipi y Zape son dos personajes que daban nombre a un comic infantil muy popular hace unos años. Véase sobre su creador: http://elcoleccionista.iespana.es/escobar.htm

pronto se quedó sin turistas (sabrán que cuándo llueve no vale la pena pagar la entrada), esperando a que alguien los lleve. Son negros y están muy serios, como calibrando lo que tardarán en llegar al Bronx con esta lluvia y con el caos del metro. Tienen los mismos ojos y la misma manera de sonreír, y llevan el mismo jersey con una diferencia de dos tallas. Como Zipi y Zape, imagino que son hermanos. No me cabe duda, sin embargo, de que el pequeño es el traste. Me entran ganas de coger el paraguas y llevarlos hasta la boca del metro en Park Avenue, entre los ricos y las ricas que incluso tienen quien los cubra cuando llueve: el chofer se moja, ellos no. Pero levanto la vista de la pantalla y veo que una joven ha recogido a los dos negritos del Bronx. Caminan hacia algún punto más abajo de la Quinta Avenida, quizás van hacia Washington Square, a coger un bus que atraviese todo Manhattan y les muestre como quedaría Nueva York si un día se anega con tanta lluvia y no fueran suficientes los paraguas para salvarnos los unos a los otros.

de *New York, New York* (2007)